

ternura, y manifestándole que Dios le llamaba á él y á todos sus hermanos á la vida perfecta; y de resultas de esta aparición, los siete hijos de la bienaventurada Alet renunciaron á la milicia del siglo para hacerse soldados de Jesucristo, y aún el primogénito, que se hallaba casado, se separó de su esposa de comun acuerdo, y abrazó, lo mismo que ella, la vida religiosa.

San Bernardo nos dice también que muchas veces vió él á su santa madre en la gloria, y que ella le protegió en sus peligros, le sostuvo en sus luchas, le iluminó en sus dudas, le animó en sus duros trabajos y le aconsejó en sus grandes empresas, para la gloria de la religion y la ventura del mundo. ¡Franceses, tan orgullosos con razon de vuestro San Bernardo, no olvidéis que este gran personaje, que os hizo tanto bien y que tanto os engrandeció á los ojos de las naciones, fué obra de una mujer, y que nunca cuidaréis lo bastante de la instruccion religiosa de la mujer, de quien Dios se vale para obrar tales prodigios!

§ LIII.—La esterilidad de la virginidad voluntaria es prodigiosamente fecunda.—Santa Genoveva.—Sus grandezas y el prodigio de su sacrificio por su país.—Puntos de semejanza entre esta heroína cristiana y la Doncella de Orleans.—Historia de Juana de Arco.—Pruebas de su virtud y de su mision celestial.—Prodigios de su sabiduría y de su valor.—Sus combates y sus triunfos.—La infamia de sus compatriotas, entregándola á los enemigos de la Francia.—Retrato de su alma.—Juana de Arco, prodigio único en la historia del mundo.—La mujer católica á la altura de todo, tanto como el hombre.

San Ambrosio, el gran panegirista de la virginidad, ha notado que nada es más ventajoso al mundo que la multiplicacion de las vírgenes que se consagran al servicio de Dios fuera del mundo, y que la esterilidad virtuosa de la vírgen cristiana es prodigiosamente fecunda. Esto consiste en que, no teniendo la vírgen cristiana familia propia que cuidar, puede consagrarse al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos propios segun la carne, puede hacerse la madre de todos segun el espíritu, supuesto que San Agustin dice: «La caridad es también madre.» En efecto, las santas vírgenes de la Edad Media, tan absolutamente consagradas á los intereses de la Iglesia, no lo estuvieron ménos á la felicidad de los pue-

blos; sin embargo de ser unas mujeres piadosas, fueron también unas mujeres políticas. Sólo citarémos dos de ellas, las dos francesas y la gloria de Francia; en primer lugar Santa Genoveva, cuyas grandezas debemos recordar en este lugar.

Desde el instante en que ella se consagró á Jesucristo y á la Iglesia, severa consigo misma (ella no comia más que dos veces en la semana, y esto era únicamente pan de cebada y legumbres, ni bebía más que agua), se consagró enteramente, con una ternura maternal, al alivio de los desgraciados y al socorro de los pobres.

En aquel tiempo, habiendo pasado los francos el Rhin y ásolado la Normandía y la Borgoña, avanzaron hácia París. La alarma era profunda y universal: los habitantes pensaban retirarse á las plazas fuertes con sus mujeres y con sus hijos; el gobierno estaba sin fuerzas y los hombres sin valor. Sólo hubo una mujer, la vírgen Genoveva, que se constituyó por sí misma en gobierno y manifestó la presencia de espíritu y el valor de un hombre. «Nada temais, decia ella á las mujeres afligidas; confiar en Dios y entregarse con vuestros esposos á la oracion es mejor que huir.—Vosotros os engañais, decia igualmente á los hombres, si creéis poner en seguridad vuestros bienes trasladándolos á otra parte. Las ciudades donde tratais de refugiaros serán destruidas, y sólo París quedará sin recibir mal alguno.» Es verdad que, habiendo sido sitiado París por los bárbaros, comenzó á experimentar el hambre; pero la vírgen Genoveva se encargó por sí sola de proporcionarle víveres, que por el Sena iba á buscar léjos con algunas barcas; y ¡cosa inaudita, cosa única en la historia de las grandes calamidades de los pueblos! lo que ningun hombre hubiera osado pensar siquiera, lo ejecutó una jóven vírgen: ella alimentó á una grande ciudad por espacio de diez años (*Vida de Santa Genoveva*); y cuando la ciudad abrió en fin sus puertas á Childerico, que entró en ella como vencedor, por las súplicas de Genoveva, cuya santidad y cuyo valor le habian conmovido (á pesar de ser bárbaro y pagano), perdonó á los vencidos, y de este modo nadie sufrió el menor daño. Por otra parte, la fama de Santa Genoveva estaba tan extendida, que, desde el fondo de la Siria, San Simeon Stilita pedía con frecuencia noticias de ella y se encomendaba á sus oraciones. (*Act. SS., 3 Jan.*)

Mas ved aquí un bello trozo de un historiador lego, relativo al prodigio de la santidad y de la grandeza de los prodigios de la es-

pléndida fisonomía cristiana del siglo vi. «La tierna y curiosa leyenda de Santa Genoveva, dice M. Capefigo, nos revela una de esas *vidas consagradas á la ciudad de su nacimiento*, de su educacion y de su niñez. En la época fatal de las invasiones de Atila, *el valor de una piadosa virgen* reanimó los corazones abatidos: los largos viajes de Santa Genoveva por el Sena para buscar trigo, mientras que París estaba devorado por el hambre, forman un episodio interesante en medio de la vida agitada de la sociedad franco-gala. ¡Cuánto valor! ¡cuánta abnegacion! Ella exalta los corazones de los pueblos aterrados, que huyen de Atila. De aquí nació esa veneracion al sepulcro de Santa Genoveva, en los habitantes de París, al traves de los siglos. La multitud, arrodillada ante sus reliquias, recita las actas de la grandeza de la santa patrona: «Guarda de la nacion francesa, Genoveva, dice el himno festival, ¡cuánto poder, cuánta virtud recibiste del cielo! Los franceses te honraron mientras permanecias aún en la tierra. El ruido lejano de tu nombre se acrecienta, la fama te lleva sobre su carro á las extremidades del polo... ¡Ay! Despues de una larga guerra, el hambre viene á devorar la ciudad populosa. Santa jóven, ¿la abandonarás tú? El ciudadano que va á perecer te implora. Intrépida pasas á traves de las hordas enemigas, y no temes las aguas del impetuoso rio. Virgen tímida, tú te pones al frente de todos y proporcionas el alimento al pueblo. Por tí rompe Clodoveo los simulacros de sus dioses y levanta altares á Jesucristo. Despreciando á Júpiter, rinde su cetro al Dios del trueno. Tú, que sabes amansar los reyes, somete nuestros espíritus á tu mandato, y llévanos á la mansion eterna donde reina la Virgen. Así sea.» Esta antigua plegaria es á la vez un himno, una relacion histórica y una invocacion. Triple punto de vista bajo que se presenta á la posteridad la historia de Santa Genoveva, patrona de París, y la leyenda que contiene sus circunstancias. (*Les quatre premieres siècles*, etc., tomo iv, pág. 181.) De este modo, en aquella grande época del renacimiento de la Francia por el Cristianismo, casi al mismo tiempo que una mujer sentada en el trono, Santa Clotilde, obraba grandes maravillas en beneficio de la monarquía, Santa Genoveva, una mujer de la última clase del pueblo, las obraba mucho mayores en beneficio de los pueblos.

La pastora de Nanterre nos recuerda la pastora de Domremy; á ocho siglos de distancia la una de la otra, Santa Genoveva y Juana

de Arco presentan notables rasgos de semejanza. Las dos pastoras, las dos vírgenes, las dos llenas del espíritu de Dios, y las dos libertadoras de la Francia del yugo y de la afrenta de la dominacion extranjera, pertenecen al número de las más grandes y más puras glorias de la mujer católica consagrada á Dios, y de la Francia, para la que comenzó una de ellas la grande época de la Edad Media y la otra la terminó. No deben, pues, separarse en los elogios estas dos grandes figuras que Dios hizo nacer en aquel país con el objeto de librarlo, y de hacer respetable á los ojos de los pueblos la profesion de la santa virginidad.

Habiendo dado Carlos VI, que se habia vuelto demente, su hija Catalina en matrimonio al rey de Inglaterra, Enrique V, habia declarado á éste regente del reino y heredero de la corona de Francia, excluyendo á todas las personas de la familia Real. El delfin Carlos VII, desheredado y perseguido con las armas por su propio padre, maldecido y anatematizado por su propia madre, habia sido condenado por el parlamento de París, desterrado para siempre y declarado indigno é incapaz de suceder á la corona. Habiendo muerto Carlos VI el 22 de Octubre de 1421, los heraldos gritaban por las calles de París: «¡Viva Enrique de Lancastre, *rey de Inglaterra y de Francia!*» Este grito, que anunciaba la humillacion y la servidumbre de la Francia, lo escuchaba París sin llenarse de indignacion. El rey de Lancastre no era otro que Enrique VI, de diez meses de edad, hijo de Enrique V y de Catalina de Francia, cuyo tío, el duque de Bedford, era su tutor y su virey. Él estaba sostenido por el duque de Borgoña, Felipe, llamado *el Bueno*; pero sin duda por antífrasis, porque era *malo*, y bien malo; enemigo de su país y vendido al partido inglés, era ménos frances que los ingleses mismos. Lo mismo puede decirse de la ciudad de París y de su populacho, como tambien de su parlamento y de su universidad. Carlos VII, retirado en Bourges, y gobernado por sus favoritos y favoritas, sólo estaba reconocido por un pequeño número de franceses, pero sin union entre sí, sin jefe y sin corazon. Queriendo el duque de Bedford llevar las conquistas de su pretendido *rey de Francia* más allá del Loire, habia puesto sitio á Orleans, que, habiendo sufrido muchos descalabros, y no teniendo esperanza alguna de socorro, no podia dejar de sucumbir en breve ante un ejército que se aumentaba diariamente. Carlos VII, á quien el sa-

jon llamaba por irrisión *el pequeño rey de Bourges*, desanimado y abatido, trataba de abandonar la Francia y refugiarse en España. La Francia, por consiguiente, iba á concluir como nacion independiente. Pero Dios no permitió que la primera nacion católica, el primer reino cristiano, concluyese como nacion y como reino, y le envió un socorro, tanto más prodigioso, cuanto más débil y más inesperado parecia. Él le envió una jóven de diez y ocho años: Juana de Arco.

Su historia es muy singular, pero al mismo tiempo muy auténtica. Todas sus circunstancias fueron probadas jurídicamente por más de doscientos testigos oculares, cuyas deposiciones originales subsisten aún en los manuscritos de la Biblioteca Imperial y en los archivos de Orleans (1). Nosotros vamos á resumir aquí los rasgos más notables de ella, para gloria del sexo y del país á que este gran personaje de los tiempos modernos pertenecía, y para gloria también del Catolicismo, que lo inspiró.

No debemos olvidar que esta jóven heroína nació en las fronteras de la Champaña, en la pequeña villa de Domremy (*Domus Remigii*), ó casa de Remigio, llamada así de San Remigio, que nació ó vivió en ella. De este modo, por una admirable disposicion de la Providencia, salieron del mismo lugar el gran hombre que creó la monarquía francesa y la mujer grande que la salvó.

Hija de Jacobo de Arco y de Isabel Romea, pobres aldeanos, pero cristianos, ricos de religion y de virtudes, la Doncella se distinguió desde luégo entre sus hermanos y hermanas por la pureza de su vida y por una fervorosa piedad. Todos los testimonios están conformes en que desde sus más tiernos años parecia una mujer perfecta. Sus facciones, armoniosas y delicadas, tenían algo de varonil; pero la belleza de su cuerpo estaba eclipsada por la de su alma. Ella era modesta en sus obras, sábia en sus palabras, amante del trabajo, extraña á la impaciencia y á la cólera, sencilla y tímida, y al mismo tiempo prudente é ilustrada, y de una fortaleza incontrastable en el cumplimiento de sus deberes. Su corazon era dulce

(1) Para ver esta materia con más extension pueden consultarse á Fleury y Rohrbacher, *Historia eclesiástica*; *Proceso, condenacion y rehabilitacion de Juana de Arco*, por Julio Quicherat; *Historia de Juana de Arco*, por Lebrun Charmette, cuatro volúmenes en 8.<sup>o</sup>; *Historia de Juana de Arco*, por Gnido Goërres, traducida del aleman por Leon Boré, 1843.

y compasivo; ella se complacia en conversar con los niños, los cuales le tenían un singular afecto. Siendo ella pobre, daba á los pobres todo aquello de que podia disponer; y no contenta con proporcionarles un asilo en casa de sus padres y de sus amigos, con mucha frecuencia les cedia su propio lecho y se acostaba en el suelo.

Ayudando á su madre en el hogar doméstico y á sus hermanos en el campo, en la labor de la tierra, tenía siempre á Dios en su pensamiento, y Él era la ventura de su corazon y la regla de sus acciones. Á la edad de catorce años hizo voto de virginidad en manos de la Santísima Virgen, á la que tuvo siempre la más tierna devocion. La casa del Señor era el lugar predilecto para ella; ella asistia diariamente al santo sacrificio de la Misa, y volvía por la tarde al templo para orar. Ella se confesaba frecuentemente con la mayor contricion, y comulgaba más frecuentemente aún con los más vivos trasportes de alegría. En tanto que las demas jóvenes se iban despues de su trabajo á reirse y divertirse por las calles, se la encontraba á ella en la iglesia ó en un rincon de su casa, orando de rodillas ante una cruz, en una especie de éxtasis, con los ojos fijos en la imágen del Salvador del mundo y de la Madre de los Dolores. Sin embargo, ella estaba siempre alegre, ella nunca hablaba mal de persona alguna, ella jamas se vanaglorió de su sabiduría ni de su piedad, y sufría con paciencia las burlas de sus compañeras á propósito de su gran devocion, lo único que ellas encontraban que echarle en cara. En una palabra, ella seguía en la casa paterna la vida del claustro: ¡tanto era su celo por conservarse pura! ¡Tan grande era su espíritu de penitencia! ¡Tan grande era su devocion por los ejercicios de religion!

Dios se complace en comunicarse á tales almas. Así es que fué ella invitada por frecuentes apariciones del ángel tutelar de Francia, San Miguel, y de Santa Catalina, su protectora, *para que tomase las armas á fin de arrojar á los sajones, que tenían sitiada la ciudad de Orleans seis meses habia, y oprimian una gran parte de la Francia, y para que condujese á Reims á Carlos VII, su rey legítimo, y le hiciese consagrar allí.* Pero tan humilde como piadosa, la jóven pastora no obedeció al pronto estas manifestaciones de lo alto, de que se creía indigna, y sólo en virtud de las reiteradas órdenes del mensajero celestial se decidió á declararse á sus padres, y éstos á Baudricourt, gobernador del país.

La eleccion hecha por Dios de una jóven pastora para arrojar á los ingleses de Francia pareció tan extraordinaria al gobernador, que al pronto no hizo más que reirse. Pero habiendo oido á la santa jóven hablar de la religion como un verdadero teólogo, y de la guerra como un verdadero militar, y habiéndole oido decir: «En este momento en que os hablo son batidos los franceses delante de Orleans, y todavía les sucederá otra cosa peor si yo no voy en busca del Rey» (lo cual supo diez días despues que era cierto), Braudricourt miró á Juana como á una persona enviada verdaderamente por Dios, concibió hácia ella una grande estimacion, la trató con el mayor respeto, le dió armas, caballos, y dos gentiles-hombres que la acompañasen, y la envió al Rey.

Durante su largo viaje al traves de los bosques y por sendas ocultas, porque todo el país estaba ocupado por los ingleses, mostró Juana la piedad de un santo y la intrepidez de un héroe. Ella animaba á los que le servian de escolta. Todos sus discursos versaban sobre asuntos religiosos; todos sus actos llevaban el sello de la sabiduría, del pudor y de la devocion. Así fué que sus compañeros se llenaron de un temor respetuoso ante ella, como ante una cosa celestial y sagrada. Uno de los testigos oculares afirma que en toda su persona brillaba cierta cosa divina y celestial.

Habiendo llegado á Bourges, y admitida en presencia del Rey, no sin muchas dificultades, Carlos VII quiso hacer una prueba en ella por sí mismo, y cuando ella se dirigió á él y le saludó con un ademán respetuoso y modesto, le dijo: «Jóven, vos os engañais. No soy yo el Rey, sino ése que teneis presente», indicándole uno de sus cortesanos. Pero Juana respondió sonriendo: «No, no, yo no me engaño. Yo sé que vos sois el Rey; yo os conozco bien» (siendo así que jamas le habia visto). Habiéndole preguntado Carlos su nombre y sus proyectos, le respondió ella: «Yo me llamo Juana la Doncella, y he sido enviada por Dios aquí para auxiliaros á vos, señor, y á vuestro reino. Dios quiere que seais consagrado como vuestros predecesores, y vos seréis el vicario del Rey del cielo, como debe serlo todo rey de Francia. Así, si quereis, yo os prometo que, con la ayuda de Dios, libraré á Orleans y os haré consagrar en Reims.»

Preguntándole por qué se habia vestido de hombre, dió para ello dos razones: «En primer lugar, dijo, porque, debiendo servir al

Delfin en los combates, es absolutamente necesario ponerme una armadura de hombre; y tambien porque, cuando yo me halle entre los hombres vestida de hombre, no tendrán pensamientos carnales por causa mia, y creo que en este estado conservaré mejor mi virginidad de pensamiento y de obra.» Dudando todavía el Rey, le dijo Juana: «Para que os convenzais de que Dios me ha enviado verdaderamente, os voy á decir un secreto que no habeis revelado á nadie: recordad, señor, que el día de Todos Santos próximo pasado, ántes de comulgar, pedisteis á Dios dos gracias: la una, que os quitase el deseo y el valor de hacer la guerra si no erais el heredero legítimo del trono; y la otra, que hiciese caer su cólera sobre vos ántes que sobre vuestro pueblo.» (¡Grandé y sublime oracion, digna de un rey cristiano!) Maravillado el Rey por esta revelacion, y prendado del talento, de la piedad y de la gracia con que Juana le acababa de hablar, no dudó ya de la verdad de su mision. Sin embargo, no fiándose de sí mismo en negocio tan grave, hizo que los miembros de su Consejo examinasen á la jóven. Todos creyeron ver en ella algo de divino, todos convinieron en que Dios la enviaba, y en que era necesario confiarle la direccion de la guerra y la defensa del país.

Pero Carlos no se satisfizo con este exámen y esta aprobacion: él consultó tambien á los sabios del país, á los célebres doctores de la Universidad de Poitiers, y á todos los prelados y los personajes más insignes de su reino, y sólo despues de los exámenes más minuciosos y de las numerosas y duras pruebas á que fué sometida, sólo despues de los informes más prolijos acerca de su reputacion sin tacha, de la santidad de su vida y del cumplimiento de sus profecías, fué cuando el Rey la puso á la cabeza de su ejército y le confió la difícil empresa de librar á Orleans y de quebrantar á sus enemigos. Era, pues, imposible tener más prudencia y más reserva que tuvieron el Rey y los suyos para asegurarse de la mision divina de la Doncella.

El Rey la mandó hacer una armadura completa, desde la cabeza á los piés, acomodada á su estatura, y le dió para servidores á Juan de Auclon, el mejor de sus caballeros, dos pajes, un cocinero y dos escuderos. El Rey quiso darle una espada; pero ella la rehusó, diciendo: «Existe en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois una espada en la que hay grabadas cinco cruces y tres flores de lis

de oro. Esa es la espada que necesito, y con ella venceré á los ingleses.» Le traen dicha espada, y aunque era demasiado pesada, la toma en sus débiles manos y la maneja como si fuese un huso. La dan un caballo y tropas, y vedla ya al frente de un ejército.

Su hermano le presenta el P. Juan Pasquerel, agustino, por su confesor, y ella lo acepta por tal, rogándole que permaneciese siempre á su lado y no la abandonase jamas; «porque siempre tengo, le decia ella, necesidad de vos.» En efecto, esta admirable y piadosa jóven se confesaba todos los dias ántes de ir á dar la batalla á los enemigos de Francia. Al pasar por Blois invitó á un gran número de sacerdotes para que la acompañasen, con el fin de que oyesen las confesiones de todos sus guerreros; porque tenia horror de la impiedad y de los crímenes en que habian vivido aquellos espíritus feroces en tan prolongadas guerras, y sólo queria manos puras y agradables á Dios para que la ayudasen á cumplir su mision divina. Ella quiso tambien comulgar solemnemente en campo abierto, entre aquellos soldados, que, despues de haber confesado, hicieron lo mismo que ella.

Se puso en marcha: á la cabeza del convoy iban los sacerdotes con la bandera, con la imágen del Salvador del mundo y de la Virgen, su Madre: la Doncella seguia, acompañada de los mariscales de San Severo y de Errays, del almirante Coulan y del gran maestro de palacio, Gaucour, del bravo Lairé y de otros muchos valientes guerreros, que habian salido de Blois para acompañarla. En seguida iba una division de 5.000 hombres, escoltando los ganados y las provisiones para la ciudad sitiada. Se cantaban en coros himnos y salmos; de modo que el ejército parecia más bien una peregrinacion piadosa que una expedicion guerrera, y el corazon de aquellos rudos militares se penetraba de un respeto cada vez más profundo hácia su santa capitana.

Despues de tres dias de camino, llegaron delante de Orleans. La Doncella hizo decir á los sitiados que hiciesen una vigorosa salida contra un destacamento inglés que defendia el paso; y mientras peleaban por una y otra parte, consiguió ella, por un golpe de mano, introducir felizmente las provisiones en la ciudad hambrienta, sin que el enemigo pudiese impedirlo, como ella lo habia anunciado. Y abriéndose paso, con la espada en la mano, al traves de los sitiadores atónitos, entró en la plaza á las ocho de la noche. Ella

estaba armada de todas armas, montada en un caballo blanco, con su bandera blanca delante de ella. «Los habitantes de Orleans, dice uno de los testigos oculares, la recibieron á la luz de las antorchas, y tenian tanta alegría como si viesen á Dios descender á su ciudad. Todos la miraban con mucho afecto, lo mismo los hombres que las mujeres y los niños, y todos ellos se apresuraban á acercarse á ella, ó á tocar siquiera el caballo en que iba montada.»

Aunque la Doncella no habia comido ni bebido desde el dia anterior, y habiendo pasado todo el dia á caballo bajo su pesada armadura, tenia una gran necesidad de reposo, se dirigió, sin embargo, á la catedral para dar gracias á Dios. Desde la iglesia fué conducida solemnemente á casa de uno de los personajes más considerado de la ciudad, que tenia una esposa muy honesta.

Sólo allí fué donde ella se desnudó de su armadura. Le habian preparado un gran banquete; pero la santa jóven sólo tomó un poco de vino, en el que mojó un pedazo de pan. Esta fué toda su comida; y pasó toda la noche en su gabinete al lado de la hija de su huésped, casi en una continua oracion, y éste fué su sueño.

Al dia siguiente escribió Juana á los generales ingleses, intimándoles que se retirasen, porque de otro modo les obligaria á ello por la fuerza, y les haria arrepentirse de su obstinacion. Se rieron de sus amenazas y se mofaron de los franceses, que, habiendo sido batidos siempre bajo la direccion de sus más valientes generales, esperaban triunfar bajo la direccion de una mujer; y, por consiguiente, continuaron el sitio.

Pero esta mujer tenia al Dios de los ejércitos consigo y en su favor; por consiguiente, lo que parecia imposible á los más hábiles é intrépidos hombres, le fué á ella fácil. La vista de Juana habia despertado extraordinariamente el valor abatido de los habitantes de la ciudad, reducido poco ántes al último extremo. Ellos quisieron dar por sí solos un ataque, que la Doncella les habia prohibido formalmente, y fueron rechazados. Retiraron un frances herido. La Doncella tenia un alma verdaderamente patriótica, y al verle se llenó de horror: «Jamás, exclamó ella, he visto correr la sangre francesa sin sentir erizárseme los cabellos.» En el momento monta á caballo y se dirige al lugar donde los suyos habian sido derrotados. Los fugitivos retroceden y la siguen. La Doncella es herida en un hombro. Al verla ensangrentada el Príncipe de Orleans, quiere